

La construcción del pueblo bajo en Madrid. Trabajo, cultura y política popular en la crisis del Antiguo Régimen (1780-1833)

The construction of *pueblo bajo* (common people) in Madrid. Popular work, culture and politics in the crisis of the *Ancien Régime*

Álvaro París
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

En el 50 aniversario de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, este artículo analiza la historia del trabajo y la política popular en Madrid desde la perspectiva del clásico de Thompson. A modo de homenaje, abordamos el mismo periodo (1780-1833) y reproducimos la estructura temática de su libro. En primer lugar, estudiamos el impacto de la Revolución francesa en Madrid y su papel en la crisis del Antiguo Régimen. A continuación describimos los cambios en las relaciones sociales de producción durante el ascenso del capitalismo, centrándonos en la proletarianización del artesanado. Para finalizar, abordamos la cultura y política populares, subrayando el papel desempeñado por las clases trabajadoras en los conflictos entre liberales y absolutistas. Aunque estos procesos no dieron lugar al surgimiento de una conciencia de clase, desembocaron en el ascenso y declive de otro sujeto histórico al que nos referimos como pueblo bajo.

PALABRAS CLAVE: E.P. Thompson; barrios bajos; proletarianización; majos; política popular; ultrarrealismo.

ABSTRACT

On the 50th anniversary of *The Making of the English Working Class*, this paper studies the history of labor and popular politics in Madrid from the perspective of Thompson's classic. In order to pay homage to the author, we analyze the same period (1780-1833) and reproduce the thematic structure of his book.

Firstly, this essay studies the impact of the French Revolution in Madrid and its role in the crisis of the Ancien Régime. Then it describes the changes on the social relations of production during the rise of capitalism, focusing on the proletarianization of artisan workforce. Finally it analyzes popular culture and politics, stressing the role of working classes in the conflicts between liberals and absolutists. Although these processes didn't create a working class consciousness, they led to the rise and fall of another historical subject that we refer to as "pueblo bajo" (lower people).

KEYWORDS: E.P. Thompson; "barrios bajos"; "majos"; proletarianization; popular politics; ultra-royalism.

1. INTRODUCCIÓN¹. EL IMPACTO DE UN CLÁSICO, HOY

Al echar la vista atrás, todo historiador recuerda obras que resultaron vitales para conformar su vocación. En su memoria, aún permanecen vivas aquellas páginas y portadas de libros que decantaron su carrera investigadora, momentos que rodearon el primer contacto con textos sin los cuales le resultaría imposible pensarse a sí mismo. En el gremio de los historiadores sociales, existe un trabajo que ha ejercido este impacto con una intensidad difícil de igualar. *The Making of the English Working Class*, de E.P. Thompson, ha insuflado a varias generaciones la pasión por la historia social, el deseo de construir el mundo del trabajo desde las experiencias de sus protagonistas, la ambición por superar las categorías deterministas para hacer cobrar vida a los actores del cambio social. En cierta medida, *The Making* ha producido historiadores sociales, dejando, más allá de su legado historiográfico, una profunda huella en la experiencia de quienes lo han tenido entre sus manos.

¿Cómo podemos asomarnos, cincuenta años después de su publicación, a un libro de estas características? Debemos confesar que ninguna de las opciones que contempla el repertorio tradicional acaba de satisfacernos. No queremos brindar un tributo al autor, ni abordar su obra como una pieza acabada y estática. Tampoco subrayar su impacto en la historiografía posterior, o repasar el

¹ Esta investigación ha sido posible gracias a la financiación del programa FPU del MECD y el proyecto de investigación HAR2011-27898-C02-02 (Permanencias y cambios en la sociedad del Antiguo Régimen, ss. XVI-XIX) del Plan Nacional I+D+i (MICINN). Asimismo, es deudor del trabajo en equipo realizado por Grupo Taller de Historia Social (<http://historiasocial.org>).

recorrido de alguno de los conceptos clave – *clase* o *experiencia* – que aparecen en el texto. Más estéril aún se nos antoja reivindicar la vigencia de la obra o defenderla de las críticas que ha recibido a lo largo de cinco décadas. Por último, tampoco intentaremos diseccionar el texto para extraer su metodología y analizar la estructura de su discurso.

Ni alabanza, ni exégesis, ni vindicación, ni análisis historiográfico. Abordaremos *The Making* como una obra viva, centrándonos en el *impacto* que provoca en el historiador social. Nuestro particular homenaje consistirá en esbozar un diálogo entre el libro y nuestra investigación actual, centrada en el estudio de las clases populares madrileñas durante un periodo similar al abordado por Thompson para el caso inglés (1780-1833). Trataremos de leer nuestras fuentes y analizar nuestro contexto desde la perspectiva ofrecida por el clásico. El resultado no será en ningún caso un análisis comparado entre la realidad inglesa y madrileña, ni un intento por trasladar las conclusiones de Thompson a un marco histórico radicalmente distinto. Por el contrario, queremos explicitar el impacto que este libro puede ejercer entre quienes enfrentamos una investigación original, aunque el contexto analizado sea divergente.

LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO: LA CLASE OBRERA INGLESA FRENTE AL PUEBLO BAJO MADRILEÑO

El hilo que articula el relato de Thompson es la construcción de un sujeto histórico – la clase obrera inglesa – a partir de la acumulación de luchas y experiencias colectivas. Dicho proceso se enmarca en un periodo de tiempo relativamente bien delimitado, que arranca con el impacto de la Revolución francesa y finaliza en torno a 1832-35, cuando en palabras del autor “the working class is no longer in the making, but has been made” (Thompson 1970: 887). Aunque se abstenga de trazar una línea divisoria clara y renuncie a los modelos teleológicos, Thompson establece un salto cualitativo entre el comportamiento “sub-político” de la multitud en los motines tradicionales y la articulación de una conciencia de clase que – a partir de las experiencias cruzadas de la revolución industrial y el radicalismo político – eclosiona con nitidez a partir de la década 1830².

² Thompson califica como “sub-políticas” las actitudes y tradiciones populares ligadas a motines como los Gordon Riots (1780), los Priestley Riots (1791), los Bristol Riots (1831) y, en general, los episodios contrarrevolucionarios conocidos como “Church and King” riots. Ver Thompson (1970: 59-83)

Si nos trasladamos al ámbito madrileño, observamos que la cronología analizada por Thompson mantiene una coherencia interna. El periodo comprendido entre 1789 y 1834-5 se corresponde con el derrumbe del Antiguo Régimen español y la incipiente consolidación del modelo liberal. Durante estas décadas de inestabilidad política, guerras civiles y cambios de régimen, los grupos populares desempeñaron un papel crucial que a menudo ha sido ignorado por los historiadores. En el caso de Madrid, los trabajadores y trabajadoras – sometidos a un intenso proceso de pauperización – tomaron parte activa en los motines y algaradas que jalonaron el periodo, pero sus luchas no condujeron al surgimiento de una conciencia de clase. Los patrones de movilización mantuvieron un carácter aparentemente “tradicional”, marcado por la pervivencia de repertorios de protesta propios del Antiguo Régimen. La ausencia de rasgos “modernos” de conflictividad laboral – análogos a los presentes en Inglaterra o Barcelona – ha propiciado el desinterés de los historiadores por un repertorio de protesta considerado como caduco.

Si a esto le sumamos el impacto del paradigma que caracteriza a Madrid como una ciudad “parasitaria” e “improductiva”, rémora para la industrialización española (Ringrose 1985), comprendemos por qué la historia del trabajo y la protesta social en Madrid ha sido prácticamente ignorada para el periodo previo a la Primera Internacional. Habría que esperar hasta 1868 para que, tras el desembarco de Fanelli, las clases populares madrileñas construyeran un sujeto político propio – el proletariado moderno – surgido al calor de las ideas anarquistas y socialistas (Termes 2000, Trías y Elorza 1975).

Este relato lineal queda en entredicho cuando observamos que, durante las primeras décadas del siglo XX, la protesta popular en Madrid seguía respondiendo a patrones considerados “tradicionales”, con un predominio de los motines de subsistencias y las acciones de castigo dirigidas a blancos específicos como los tahoneros (Sánchez 2002). Planteemos o no la existencia de un “motín de Corte” dotado de rasgos propios, lo cierto es no podemos conformarnos con abordar la protesta madrileña a partir de conceptos dicotómicos, como tradición / modernidad o permanencias / cambios.

Para reformular estos planteamientos, contamos con el punto de partida ofrecido por los trabajos de López García (2006), Nieto (2006) y López Barahona (2009), que han supuesto un notable avance en el conocimiento de las clases populares madrileñas en el siglo XVIII. Sin embargo, a excepción del levantamiento de 1808 (Fraser 2006), el primer tercio del siglo XIX sigue arrojando un balance historiográfico bastante pobre. Poco sabemos de la evolución de la protesta

popular durante las dos restauraciones absolutistas (1814-20 y 1823-33) y el paréntesis constitucional (1820-23). ¿Qué papel histórico jugaron las clases populares durante los años convulsos que precedieron a la consolidación de modelo liberal?

A través de un paralelismo con la obra de Thompson, trataremos de mostrar que durante el mismo periodo en el que los grupos populares ingleses desarrollaban una conciencia de clase, en Madrid emergió un sujeto político – el pueblo bajo – cuya historia dista de constituir un apéndice de lo acontecido en la centuria anterior. El término pueblo bajo define a unas clases trabajadoras compuestas de artesanos proletarizados, jornaleros y vendedoras ambulantes que luchan por sobrevivir en un contexto marcado por la crisis de la industria manufacturera y la afluencia de inmigrantes pobres expulsados de las zonas rurales. En los conocidos como barrios bajos – Lavapiés, el Rastro, Puerta de Toledo o Maravillas – nuestros protagonistas tratan de sortear el desempleo crónico y el precio exorbitante de las subsistencias, desarrollando un conjunto de estrategias entre las cuales la protesta jugó un papel esencial. Durante un periodo de intensas transformaciones sociales, alzaron la voz contra la subida del precio del pan y la escasez de trabajo, pero también tomaron parte en los grandes acontecimientos políticos, como la guerra de la Independencia y las pugnas entre liberales y absolutistas. En estos enfrentamientos desarrollaron una cultura política propia que mantuvo su vigencia hasta las transformaciones de las décadas de los 40, 50 y 60 del siglo XIX.

Este modelo de protesta se expresó a través de una cultura popular de rasgos singulares que apenas conocemos a través de los sainetes y relatos costumbristas, que nos trasladan una imagen estereotipada de las majas y chisperos de los barrios bajos. El “populacho” madrileño – caracterizado por su actitud altiva ante las autoridades, su carácter orgulloso y levantisco, o su hostilidad hacia las costumbres afrancesadas de las emergentes clases medias – irrumpe en las fuentes literarias como una caricatura desdibujada por las elites. Cuando reconstruimos este universo desde abajo, despojándolo de sus rasgos pintorescos y folclóricos, entramos en contacto con una cultura plebeya que vehiculó las resistencias populares ante la introducción de las relaciones sociales capitalistas y la hegemonía creciente de las clases medias.

En definitiva, durante el periodo 1780-1833 no asistimos a la formación de una clase obrera madrileña, sino al auge y declive del pueblo bajo, un actor olvidado cuya historia nos proponemos rescatar. Analizando los cambios económicos

derivados de la transición al capitalismo y reconstruyendo las experiencias de los trabajadores, trataremos de arrojar algo de luz sobre este proceso. Al contrario que la clase obrera inglesa, la identidad cultural del pueblo bajo desapareció con las transformaciones económicas y urbanas que culminaron con el ensanche madrileño de la década de 1860. Desde entonces, su imagen pasó a formar parte del recuerdo, de la memoria del viejo Madrid.

Una vez presentado nuestro sujeto, seguiremos la línea de Thompson para trasladarnos a 1789 y analizar las consecuencias que tuvo la Revolución francesa en la conciencia de los grupos populares madrileños.

2. EL ÁRBOL DE LA LIBERTAD Y LA LÁPIDA DE LA CONSTITUCIÓN

En el primer capítulo de *The Making of the English Working Class*, Thompson analiza el peso de la Revolución Francesa en la configuración del radicalismo británico. Su principal argumento es que el impacto de las ideas jacobinas no puede comprenderse sin la presencia de tradiciones contestatarias previas: la disidencia religiosa, los motines populares y el concepto de “free-born Englishmen”. Cada una de estas tres vertientes se analiza de forma separada, para concluir que la agitación de la década de 1790 no fue un resultado de la Revolución, sino que tuvo rasgos y orígenes específicamente ingleses.

En el caso español la última década del siglo fue igualmente convulsa. La llegada al trono de Carlos IV (1788) marcó el comienzo del fin del Antiguo Régimen, precipitado por la desarticulación política de la Monarquía, la quiebra hacendística y el impacto de las guerras europeas. El relato historiográfico tradicional nos presenta la Revolución Francesa como la causa del giro conservador emprendido por Floridablanca, que habría puesto fin de manera brusca a la política aperturista impulsada por el reformismo ilustrado. Uno de los elementos más simbólicos de esta respuesta consistió en el establecimiento de un “cordón sanitario” en la frontera para controlar la entrada de publicaciones, ideas y personas que pudiesen provocar que “el incendio de Francia” se propagase “como la peste” (Aymes 1989; De Diego 1990)³.

Estas medidas afectaron de forma particular a Madrid, donde se intensificaron los mecanismos de vigilancia sobre el espacio urbano en un intento por perseguir las conversaciones críticas con el gobierno. En 1791 se elaboró una matrícula de

³ La cita proviene de un informe presentado a Carlos IV por Floridablanca en septiembre de 1791.

café, fondas, billares y otras casas públicas, por tratarse de espacios donde circulaban noticias sobre Francia y “observaciones peligrosas sobre asuntos de Estado y de Gobierno”. Para facilitar la intromisión de las autoridades, se obligó a que los cafés se situasen en cuartos visibles desde la calle donde fuese posible “observar la conducta de los concurrentes”. Al mismo tiempo, se prohibieron las discusiones sobre “asuntos del Gobierno” y la lectura de “Gacetas ni otros papeles públicos” en estos establecimientos⁴. La vigilancia sobre los cafés, espacios ligados a la nueva sociabilidad de las emergentes clases medias (López-Cordón 2004), respondía a la articulación un nuevo modelo de control social auspiciado por Floridablanca, cuya punta de lanza fue la creación en 1782 de la Superintendencia General de Policía para Madrid y su Rastro (Martínez Ruiz 1986; París 2012a). Esta nueva institución, que dependía directamente del Rey y funcionaba al margen del entramado jurisdiccional tradicional, se vio reforzada a partir de 1790 con la creación de la Comisión Reservada, policía secreta que se infiltraba en los espacios de sociabilidad popular para espiar las conversaciones de los madrileños (Martínez Ruiz 2006).

Cuando consultamos los partes redactados por los agentes secretos de esta Comisión, comprendemos los motivos que condujeron a su creación. En las conversaciones mantenidas en el espacio públicos se trataba a Carlos IV de “loco”, “ladrón”, “pícaro” y “caprichoso”, mientras se planteaba que España “en haciéndose República estará mejor [...] y con esto se le quita a el Rey y Ministros el mando, y va su trono a la mierda, que todos son un atajo de pícaros”⁵. En palabras de un mozo peluquero, los Jueces serían “acrehedores a que se les montase en un Borrico y pasearlos por las calles de Madrid [...] porque el hombre nació para ser libre, que en Francia todos tienen libertad, pero como los españoles son mui cobardes siempre estarán esclavos a el Gobierno”⁶.

El contenido de estos partes refleja el ambiente vivido en Madrid en la década de 1790, caracterizado por el descrédito de las instituciones, la proliferación de conversaciones subversivas y la circulación de pasquines, sátiras y libelos de carácter político. Sin embargo, su contenido debe tomarse con extrema cautela. Gracias a las causas judiciales abiertas tras la supresión de la Comisión Reservada, sabemos que algunos de los partes eran meras invenciones, utilizadas para extorsionar a los acusados. En definitiva, aunque esta fuente nos sirve para

⁴ Archivo Histórico Nacional [AHN], Consejos, Leg. 50.145.

⁵ AHN, Consejos, leg. 50.145. Parte de Pedro Luis de Retes, 4 de abril de 1791.

⁶ AHN, Consejos, leg. 9384. Parte de Palavacini y Retes desde Aranjuez, 24 de abril de 1791.

identificar la presencia de una opinión pública crítica con el gobierno y la figura del monarca, las referencias explícitas a la defensa de un modelo republicano similar al francés han de ponerse en cuarentena.

Más interesantes para nuestro propósito resultan los partes referidos a los ambientes estrictamente populares, que reflejan cómo las principales preocupaciones de los madrileños eran la subida del precio del pan y la problemática de los abastos. Los consumidores criticaban el libre comercio de granos establecido por la pragmática de 1765 y “levantan el grito contra los carniceros y tocineros y panaderos, sobre que se les repese”⁷. Estas quejas responden a la relajación del control que las autoridades ejercían sobre los vendedores, comprobando el peso de las mercancías en los lugares de mercado para evitar los fraudes. La reducción de las atribuciones de los alguaciles y Alcaldes del repeso, provoca que “el público y vecinos de esta Corte, en muchas conversaciones y en particular en las Plazas y Plazuelas de ella” exclamen contra los “Panaderos, Carneceros, Tocineros [...] sobre lo mucho que roban al público a vista de la Justicia”⁸.

Nos encontramos ante la manifestación de una “economía moral” que concebía el abastecimiento a precios equitativos como el principal deber de las autoridades. Las crisis de subsistencias que se sucedieron durante la década de 1790, acentuadas por la liberalización del sistema de abastos, erosionaron la imagen de la monarquía y contribuyeron decisivamente a la desarticulación del Antiguo Régimen (Bernardos 1997: 610). Este ambiente se reflejaba en conversaciones como la mantenida en enero de 1791 en el billar de la calle Tudescos, donde un paisano exclamaba “que tanto como deseaban todos que se coronase a Carlos cuarto [...] mirar que bien gobernado ba todo, que comemos el Pan a el mesmo precio que quando valía el trigo caro”⁹.

Siguiendo las conclusiones de Thompson para el caso inglés, consideramos que el malestar social presente en Madrid durante los últimos años del siglo responde a factores internos más que un “efecto contagio” de la Revolución francesa. En primer lugar, muchas de las medidas asociadas al “pánico de Floridablanca” – creación de una policía política, persecución de propaganda subversiva, endurecimiento del recogimiento de vagos o expulsión de los pretendientes de la

⁷ AHN, Consejos, leg. 9384. Parte de Relaño, 27 de abril de 1791.

⁸ AHN, Consejos, leg. 9834. Informe de los comisionados. 18 de abril de 1791.

⁹ AHN, Consejos, leg. 50.145. Parte de 22 de enero de 1791.

Corte – son previas al estallido de la Revolución¹⁰. El nuevo modelo policial entronca directamente con el endurecimiento de los mecanismos de control social puesto en marcha como respuesta al Motín contra Esquilache de 1766 (López García 2006). Por otro lado, la inestabilidad de 1789 está relacionada con factores políticos y económicos de carácter endógeno, como la sucesión de Carlos III y una crisis de subsistencias que supuso el enésimo golpe para unas clases populares asfixiadas por la falta de trabajo¹¹. Mientras los precios y los índices de mortalidad se disparaban, las autoridades intensificaron la denominada “recogida de pobres”, consistente en la captura de trabajadores en paro para destinarlos al presidio, el ejército o las obras públicas. Nos encontramos, en definitiva, ante procesos que arrancaron de las décadas anteriores y se intensificaron en las siguientes; reflejo de la crisis interna del Antiguo Régimen.

Al contrario que en Inglaterra, sin embargo, las ideas revolucionarias tuvieron un impacto muy limitado entre las clases populares madrileñas. Si exceptuamos la conspiración de Picornell, que podría recordarnos al complot del coronel Despard en Londres, los episodios de movilización que tuvieron lugar en estos años responden a una lógica que se inserta en la política popular del Antiguo Régimen. El malestar acumulado por la carestía del pan estalló en el motín del Rastro de 1802, cuando un grupo de consumidores protagonizó un alboroto que terminó con el incendio de varios puestos de venta (Vara Ara 1986). El descontento con el sistema de gobierno, que alcanzó su apogeo durante el valimiento de Godoy, se materializó en la participación activa de los grupos populares en el Motín de Aranjuez (1807). Aunque tradicionalmente se haya interpretado como un motín cortesano en el que el pueblo jugó un papel de comparsa, lo cierto es que nos encontramos ante un repertorio de acciones punitivas dotadas de un fuerte carácter simbólico, en las que la multitud invadió las residencias de Godoy y sus familiares, arrojó sus pertenencias por los balcones y las quemó en una hoguera sin efectuar saqueos. Finalmente, el 2 de mayo de 1808 los madrileños se levantaron en armas frente a un ejército invasor que había agraviado a la población y secuestrado a su rey. Frente al vacío de poder y la traición de las autoridades constituidas, el pueblo intervino violentamente para restablecer el equilibrio alterado de la monarquía (Fraser 2006).

¹⁰ Antonio Risco (1991: 106) insiste en que la “organización de una policía política” es anterior a los sucesos de Francia. Martínez Ruiz (1988: 214) coincide en “restar a la Revolución Francesa un papel determinante en la gestión de gobierno”.

¹¹ La crisis de 1788-89 fue un fenómeno de escala europea que provocó multitud de motines y alteraciones en diferentes regiones de España.

Si analizamos detalladamente los episodios de Aranjuez y el 2 de mayo, encontramos patrones similares a los presentes en los motines contra Oropesa (1699) y Esquilache (1766). Esta continuidad no debe interpretarse en términos de atraso, sino vincularse a una *política popular* dotada de una coherencia propia que sobrevivió al cambio de siglo.

En Inglaterra, según nos explica Thompson, las ideas jacobinas penetraron en los medios obreros tras pasar por el tamiz de los escritos de Thomas Paine. La metáfora que da título al primer capítulo de su libro – *The Liberty Tree* – procede de uno de los ritos políticos de los revolucionarios franceses, consistente en plantar el árbol de la libertad (Ozouf 1976). Cuando se producía un triunfo de la contrarrevolución en Francia, el primer gesto de los vencedores consistía en arrancar dicho árbol. El equivalente español de este rito consistía en colocar en la plaza principal de cada localidad una placa en honor de la Constitución, que era igualmente retirada tras cada victoria realista. El 23 de Mayo de 1823, las tropas francesas comandadas por el Duque de Angulema hacían su entrada en Madrid, poniendo fin al régimen constitucional del Trienio. Lejos de resistirse como hiciera quince años antes, el pueblo bajo madrileño recibió con vítores a los franceses. Para celebrar la caída del liberalismo, “su primera operación fue arrancar de la Plaza Mayor la lápida constitucional y arrastrarla por las calles con imponderable algazara” (Chaulié 1884: 214) ¿Qué condujo al “populacho” madrileño a abrazar con entusiasmo la causa contrarrevolucionaria en 1823? Para plantear esta cuestión continuamos fieles al esquema de Thompson y, antes de adentrarnos de lleno en las actitudes políticas del pueblo bajo durante en el siglo XIX, pasamos a analizar el mundo del trabajo y la industria madrileños.

3. LA MALDICIÓN DE ADÁN (Y EVA). TRABAJO Y RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCIÓN EN LA TRANSICIÓN AL CAPITALISMO¹²

En el segundo capítulo de su libro, Thompson analiza los cambios en la estructura y las relaciones de producción que fundamentan el surgimiento de una nueva clase obrera. Aunque el desarrollo tecnológico resulte inseparable del nacimiento del proletariado moderno, la Revolución Industrial no debe interpretarse como una fuerza externa que moldea unilateralmente la conciencia de los trabajadores, sino como un elemento que actúa sobre una cultura y

¹² Una de las pocas carencias que podemos achacar a *The Making* es la escasa atención que presta al mundo de las mujeres y el trabajo femenino. Por ello, hemos añadido a Eva al título original del segundo capítulo de la obra: *The curse of Adam*.

experiencia previas. En sus palabras: “the working class made itself as much as it was made” (Thompson 1970: 213). Resulta obvio que, durante el periodo 1780-1833, Madrid no experimentó un proceso de industrialización equiparable al británico. El predominio del pequeño taller artesanal y la ausencia de innovaciones técnicas fueron el rasgo dominante de una producción dirigida a satisfacer la demanda interior, con dificultades cada vez mayores para competir con las manufacturas importadas (Nieto 2006). Las actividades más importantes continuaron siendo los oficios relacionados con la construcción (albañiles, carpinteros, jornaleros), el acabado de manufacturas (zapateros, sastres o modistas) y la producción de lujo para la demanda cortesana (plateros, tiradores de oro o maestros de coches). La unidad productiva predominante era la casa-taller-tienda, donde primaba la mano de obra familiar, auxiliada por la contratación de un número reducido de oficiales, aprendices o criados. Las fábricas de mayor tamaño eran escasas y dependían en buena medida del impulso estatal, como los establecimientos privilegiados y aquellos que se beneficiaban de las contrataciones públicas. La inversión de capital mercantil en el sector industrial se rigió por un modelo de subcontratación y descentralización, que apenas se vio alterado por el surgimiento de un puñado de grandes obradores, vinculados fundamentalmente al sector textil (hilado, pañería, curtidos, pasamanería o bordados).

Sin embargo, bajo esta apariencia de continuidad, entre 1780 y 1833 la industria madrileña atravesó por un conjunto de cambios fundamentales. El predominio del pequeño taller no debe impedirnos ver el alcance de las transformaciones capitalistas.

Como en la Inglaterra de Thompson, la categoría “artesano” esconde realidades enormemente dispares, a modo de grietas en torno a las que se articulan las diferencias de clase. Por cada maestro acomodado que disponía de taller propio y contrataba mano de obra; encontramos una multitud de oficiales y maestros empobrecidos obligados a emplearse a cambio de un salario para sus colegas más ricos. La brecha interna en el artesanado aumentó exponencialmente durante el periodo analizado, resquebrajando los principios de “desigualdad limitada” que constituían la base del modelo gremial (Nieto y París 2011). La cualificación formal obtenida a través de los gremios, dejó de constituir una garantía para quienes acababan el proceso de aprendizaje y eran arrojados a un mercado de trabajo crecientemente proletariado. Las vías de ascenso gremial se vieron bloqueadas, y el número de maestros que lograban abrir un taller y emplearse por cuenta propia se volvió cada vez más escaso.

Como sostiene Thompson para el caso londinense, la aspiración de convertirse en un pequeño maestro independiente se tornó un sueño irrealizable y la experiencia laboral de los menestrales se transformó radicalmente. Sometidos a condiciones de sobreexplotación creciente que favorecían la acumulación de capital en manos de un reducido número de fabricantes, los artesanos madrileños perdieron su autonomía y pasaron a engrosar las filas de un nuevo proletariado urbano.

La pauperización y proletarización del artesanado, no alteró el carácter minifundista y disperso de la actividad industrial madrileña. Los oficiales y maestros dependientes se incorporaban a los talleres más prósperos cuando aumentaba la demanda de trabajo, siendo arrojados al desempleo en momentos de contracción económica. Simultáneamente, se generalizaron las relaciones de subcontratación y trabajo domiciliario, mediante las que los maestros-fabricantes (en conexión con el capital mercantil) tejieron redes de putting-out-system en la capital y el entorno rural. Los ejemplos de concentración de la mano de obra en fábricas fueron escasos, mientras un ejército de artesanos profetarizados trabajaba en talleres dispersos o en sus propios hogares, al margen del marco gremial y en estrecha dependencia de sus contratantes.

En el seno de este modelo, que presidió la introducción de las relaciones sociales capitalistas en la industria madrileña, las mujeres desempeñaron un papel esencial. Por su exclusión de los gremios, canales formales de cualificación laboral, el trabajo femenino permanecía desvalorizado, considerado como una capacidad natural que no requería una formación específica (López Barahona 2009). La realidad era que el aprendizaje necesario para desarrollar actividades como la confección, el hilado, o los trabajos domésticos y reproductivos, carecían de reconocimiento social. Sujeta al padre o al marido, la mujer era un ser dependiente cuya remuneración se concebía como un complemento para los ingresos de la unidad familiar. En estas condiciones, la mano de obra femenina estaba sometida a unos niveles de sobreexplotación, disciplina y versatilidad, que resultaban idóneas estimular un proceso de acumulación capitalista. Podemos sostener, sin miedo a exagerar, que los cambios más importantes en la estructura productiva madrileña tuvieron como protagonistas a las trabajadoras.

Uno de los mejores ejemplos de este proceso lo encontramos en el sector de la confección donde, a partir del siglo XVII, los mercaderes-fabricantes agrupados en el gremio de roperos de nuevo comenzaron a elaborar prendas estandarizadas listas para llevar (López Barahona y Nieto 2012).

Los roperos no participan directamente en la producción, sino que subcontratan a maestros, oficiales y mujeres que trabajan de forma dispersa en sus talleres o domicilios. El peso específico de las mujeres en el sector textil extragremial contribuyó a la emergencia de un mercado de trabajo secundario, marcadamente feminizado, cuya reproducción se garantizaba a través de las escuelas-taller. En estos establecimientos, que combinan la formación laboral con la producción, las niñas aprendían el desempeño de los oficios textiles y salían preparadas para integrarse en un nuevo mercado laboral (López Barahona y Nieto 2010).

Aunque el paisaje industrial madrileño difiriese radicalmente del inglés y las innovaciones técnicas resultasen casi imperceptibles, los madrileños del periodo 1780-1833 vivían bajo unas relaciones de producción plenamente capitalistas. Para entender por qué estas condiciones no desembocaron en la emergencia de una conciencia de clase, debemos abandonar el marco económico general y sumergirnos en las experiencias concretas de nuestros protagonistas.

LA EXPERIENCIA DE LA PROLETARIZACIÓN

Desde mediados del siglo XVIII, el nivel de vida de las clases populares madrileñas sufrió un deterioro constante, marcado por el aumento de los precios de las subsistencias y el estancamiento salarial (López García 2006; Llopis y García 2009). Las raíces de este proceso de pauperización se encuentran en las rigideces de una estructura productiva que arroja índices muy elevados de desempleo y subempleo. Las transformaciones experimentadas en el sector manufacturero (como la que describimos en el epígrafe anterior) sirvieron para responder parcialmente a los cambios en la demanda madrileña, pero en ningún caso dieron lugar a un sector exportador. La escasa competitividad de los productos madrileños limitó la expansión de la industria local y propició la importación de manufacturas catalanas y francesas, gracias al descenso de precios derivado de las innovaciones productivas.

Con un sector industrial estancado, volcado en la satisfacción de la demanda interior y el consumo de lujo de las elites cortesanas, las oportunidades de empleo que ofrecía Madrid eran escasas. Junto a la construcción y el servicio doméstico, encontramos un amplio abanico de trabajos descualificados en el sector servicios, como los criados y los mozos (de taberna, tienda, cuerda, cuadra, etc.) El estancamiento de la demanda de empleo se agravaba por la afluencia constante de inmigrantes pobres procedentes de las zonas rurales que huían de la crisis agraria.

Estos recién llegados pasaban a engrosar las filas de un inmenso ejército de reserva que, al no ser absorbido por el desarrollo industrial, languidecía en los límites de la miseria.

La frontera entre jornaleros y los artesanos se fue diluyendo a medida que la proletarianización de estos últimos les obligó a recurrir a trabajos no cualificados para completar sus menguados ingresos. Resultaba habitual que, ante la ausencia de encargos, un menestral compaginase su trabajo en el taller con periodos dedicados a la construcción, la venta ambulante o el desempeño de cualquier tarea que le proporcionase unas monedas. En periodos especialmente difíciles resultaba habitual recurrir a la mendicidad, la beneficencia o los denominados “ilegalismos populares”, como los pequeños hurtos, el contrabando o la prostitución.

En definitiva, la mayoría de los madrileños carecía de una ocupación estable y se veía obligada a compaginar diferentes actividades para subsistir. La pérdida de la estabilidad laboral erosionó paulatinamente la identidad de oficio de unos artesanos que, durante los siglos anteriores, habían encontrado en los gremios un elemento de articulación social, apoyo mutuo e identidad colectiva (Nieto 2006). Este proceso, sin embargo, estuvo plagado de resistencias; pues los menestrales seguían apegados a su oficio a pesar de ejercerlo de forma ocasional y discontinua. Cuando las autoridades preguntaban a un trabajador por su ocupación, éste no dudaba en sostener que era zapatero o ebanista, aunque en la práctica llevase años sin ejercer y tuviese que subsistir a través de otra actividades.

Como sostiene José Nieto, aunque los gremios experimentaron grandes transformaciones durante la primera mitad del siglo XIX, sobrevivieron tanto a las reformas ilustradas como a los intentos de abolición impulsados por los diferentes gobiernos liberales (Nieto y París 2012). Sin embargo, debido a su creciente polarización interna, muchos de ellos representaron de forma cada vez más nítida los intereses de una minoría de maestros acomodados, mientras perseguían a quienes contravenían las ordenanzas por tratar de ganarse la vida produciendo por su cuenta para vender en calles, plazas y mercados populares. En 1828 el gremio de zapateros denunciaba a varios oficiales sin tienda “que se dedican a hacer por sí zapatos nuevos y todo género de calzado que expenden al público ya en el rastro, Plazuelas y aún llebándolos en Cestas por medio de sus mugeres a vender a las casas”¹³.

¹³ Archivo de la Villa de Madrid [AVM], Secretaría, 1-211-21.

Tras sufrir el embargo de sus mercancías y ser llamados a declarar, los zapateros sostuvieron que no disponían de tienda para vender sus productos, por lo que se veían obligados a hacerlo por las calles para no quedar “expuestos a perecer al rigor de la miseria”.

Como podemos observar, el gremio de zapateros trataba de perseguir un modelo de trabajo que constituía la única alternativa para un gran número de oficiales y maestros proletarizados, nutriendo además un comercio callejero al que recurrían buena parte de los consumidores debido a sus bajos precios. Los representantes del gremio deseaban restablecerlo “al pie y forma que estaba antes del año de 1808” prohibiendo de nuevo “la venta por las calles y casas”, mientras el procurador general defendía el derecho de los oficiales empobrecidos a vender su obra por las calles. En su informe, el procurador ofrece una panorámica del deterioro sufrido por la industria tras la Guerra de la Independencia, que nos sirve para ilustrar los cambios que hemos señalado:

antes de las novedades Políticas, este gremio estaba en mayor prosperidad que en el día y, de consiguiente, el Maestro de menor fortuna mantenía a jornal tres o cuatro oficiales de este ejercicio [...] Hoy, variadas totalmente las costumbres [...] los maestros de obra prima que en otro tiempo mantenían un crecido número de oficiales, se han sugetado y reducido a un corto número de ellos, y de consiguiente los menos acreditados [quedan] reducidos a la nada, pues ay maestro en el día que con solo un oficial y aprendiz dan salida a su manufactura. En tales circunstancias, de hallarse un número considerable de oficiales de este ejercicio sin medios para examinarse y sin proporción de poderse colocar en las tiendas por la estrechez de los maestros, ¿qual deberá ser el resultado? O perecer de hambre con sus familias, o ponerlos en la precisión de que se dediquen a ejercicios más perniciosos que el que puede resultar de su tolerancia [de tolerar la venta callejera]¹⁴.

Como hemos comprobado a través del ejemplo de los zapateros, el sueño de la independencia artesana se había tornado irrealizable en el Madrid del primer tercio del XIX. La intensa proletarización se acentuó durante la segunda mitad del siglo, socavando las bases del modelo gremial y convirtiendo a Madrid en una ciudad de jornaleros.

¹⁴ AVM, Corregimiento, 1-221-7. Informe del Procurador General Rafael de Reynate.

Este cambio supuso el ocaso de una cultura artesana basada en la limitación de las desigualdades, el control sobre las técnicas y ritmos de trabajo, los lazos de solidaridad articulados a través de las cofradías y la participación de los menestrales en los ritos y festividades religiosas.

Madrid abandonaba progresivamente sus rasgos corporativos para convertirse en una sociedad netamente clasista, donde los trabajadores se enfrentaban a una lucha diaria por la subsistencia y se hacinaban en cuartos insalubres situados en los barrios de los extremos norte y sur de la ciudad. El espacio de referencia para estos grupos era la calle, donde trabajaban o buscaban cómo ganarse la vida, compraban y vendían, se relacionaban, intercambiaban noticias, conversaban, peleaban y disfrutaban del ocio. Su horizonte de referencia no era el lugar de trabajo – que variaba y a menudo se desplazaba con ellos – sino las plazuelas, esquinas, fuentes y mercados, donde establecían relaciones sociales y articulaban vínculos de solidaridad. La calle, en definitiva, emerge como el escenario privilegiado de la protesta social y el debate político.

Esta multitud proletarizada que recorre la ciudad en busca de un jornal y ocupa las calles ofertando toda clase de objetos y comestibles, es percibida por las elites como una muchedumbre amorfa e indisciplinada, aglutinada bajo el concepto de pueblo bajo. La utilización de este término, con el que hemos bautizado a nuestro sujeto histórico, está muy extendida tanto en las fuentes primarias como en la literatura contemporánea. Frente a otros vocablos similares – como populacho, vulgo o plebe – tiene la ventaja de combinar la connotación peyorativa con el potencial descriptivo. En cualquier caso, queremos dejar claro que el empleo de este término para referirnos a nuestro protagonista colectivo no deja de ser arbitrario y cuestionable. Por encima de la elección del concepto, nos importa el contenido social del que seamos capaces de dotarle.

4. LA PRESENCIA DEL PUEBLO BAJO

Tras haber subrayado los rasgos esenciales de lo que denominamos pueblo bajo, procedemos a analizar su presencia en el escenario madrileño. Para ello, comenzaremos por acercarnos a los rasgos que definen su idiosincrasia cultural a través de la imagen que se desprende de las fuentes literarias. Posteriormente, abordaremos el papel que desempeñó en las luchas políticas del primer tercio del XIX, acudiendo principalmente a documentación de carácter policial. A través de ambas fuentes trataremos de reconstruir las experiencias e identidad de los grupos populares madrileños.

“LA HORA DE LA MANOLERÍA”. CULTURA POPULAR E IDENTIDAD EN LOS BARRIOS BAJOS.

Al asomarnos al estudio de la cultura de los barrios bajos madrileños nos topamos con una bibliografía centrada las referencias literarias donde escasean los enfoques de tipo social. Desde la segunda mitad del siglo XVIII, los personajes de los barrios populares del Avapiés, el Rastro o Maravillas desfilaron por innumerables sainetes, zarzuelas, tonadillas y relatos costumbristas, conformando un subgénero literario que debía mucho a la obra pionera de Don Ramón de la Cruz (Huerta 1995). Desde entonces, las figuras estereotipadas del *manolo*, el *chispero* y la *maja*, han eclipsado cualquier intento por reconstruir la identidad de los grupos sociales que se ocultan tras los personajes de cartón piedra legados por el sainete dieciochesco.

Partiendo de estas carencias, abordaremos de forma crítica la imagen del pueblo bajo que nos trasladan las fuentes literarias, entendiéndola como una construcción que refleja el punto de vista de unas elites que se asomaban a al universo popular con una mezcla de temor, fascinación, desconocimiento, desprecio y abyección (Haidt 2011). En este sentido, no solo resultan de utilidad los relatos contemporáneos, sino también las obras de la segunda mitad del siglo XIX, que rememoran con tintes siniestros el esplendor de los barrios bajos y describen el ocaso de una cultura popular destruida por la modernización, la nueva policía urbana y la disciplina laboral capitalista.

El pueblo bajo emerge en la literatura como un grupo social dotado de rasgos e identidad propia, caracterizado por su independencia, orgullo, altanería e insolencia. Su espacio natural eran los barrios bajos – cuarteles de San Francisco, San Isidro, Avapiés, Maravillas y Barquillo – que conformaban un universo cultural específico reflejado en las costumbres, la vestimenta, el lenguaje y los códigos morales. Este sector de la población aparece encarnado en el sainete madrileñista a través de tres tipos literarios estrechamente relacionados: los majos, los manolos y los chisperos. Dejando de lado las elucubraciones de quienes han tratado de establecer una distinción nítida entre las tres figuras, nos interesa esbozar cuáles eran los aspectos del modo de vida de las clases populares madrileñas que quedaron reflejados en la construcción del tipo genérico del majo. Rebecca Haidt señala que la identidad de los majos está dominada por la inestabilidad (*unsettledness*) asociada al origen migrante y la precariedad laboral de los trabajadores descualificados madrileños. El término majo “refiere un conjunto de conceptos entrelazados (“vecino”, “forastero”, “español”, “paisano”) a través de los cuales los autores figuraban las complejidades del espacio urbano

del siglo XVIII (Haidt 2011: 163)”. Topamos aquí con la paradoja que preside la imagen del pueblo bajo, que representa la quintaesencia del casticismo madrileño pero debe su origen a los inmigrantes llegados a la Corte desde las zonas rurales.

La inestabilidad y el desarraigo de los trabajadores pobres madrileños conducen a la articulación de vínculos de solidaridad y ayuda mutua que resultan esenciales para garantizar la subsistencia en un entorno hostil. Si López Barahona (2012) ha estudiado este fenómeno a través de las redes informales de microcrédito, la literatura nos proporciona un conjunto de pistas que podemos cotejar con nuestras fuentes primarias.

El lugar privilegiado para el surgimiento de estos vínculos es la calle, cuya centralidad en la vida de los grupos populares queda reflejada a la perfección en los sainetes. El contacto diario en los espacios públicos genera sentimientos de pertenencia que refuerzan y consolidan las redes de apoyo. Frente al papel desempeñado por el linaje, el estatus o el oficio en otros contextos sociales; para los grupos populares el *barrio* se convierte en el principal generador de una identidad colectiva. Con el tono de tragedia grotesca que impera en los sainetes, los majos apelan a la ley y el honor de su barrio, mostrándose orgullosos de defenderlo en las batallas entabladas con vecinos rivales (Huertas 1998: 124). En ocasiones estos personajes invocan genealogías vecinales, para reivindicar la pertenencia a un linaje barrial que proporciona una posición dentro de un universo urbano cambiante e inestable (Haidt 2011: 167). En definitiva, la literatura refleja cómo, ante la elevada movilidad espacial y laboral de los grupos populares, el contacto y reconocimiento mutuo entre vecinos resultaba esencial para protegerse de las incertidumbres cotidianas, tejiendo redes de apoyo insertas en el espacio urbano que generaban sentimientos de identidad barrial.

Dicha identidad se expresa en la literatura a través del enfrentamiento entre majos de diferentes barrios, que pugnan por la preeminencia frente a sus rivales. Esta temática aparece en varios sainetes de Ramón de la Cruz, donde representantes de los cuatro barrios populares (Barquillo, Maravillas, el Rastro y el Avapiés) se enzarzan en combates dialécticos para defender su primacía (Huertas 1998). Por su parte, Antonio Flores relata en sus *Tipos y costumbres* una batalla a pedradas entre cuadrillas de *Maravilleros* y *Barquillistas* (Flores 1877: 257-258). Lejos de encontrarnos ante una exageración de carácter literario, disponemos de fuentes primarias para documentar este tipo de conflictos. Las peleas entre muchachos de diferentes barrios en las afueras de la villa eran un fenómeno habitual. En julio de 1825, por ejemplo, los mozos de Maravillas se enfrentaron a los de Afligidos con palos y piedras “por desafiarse los de un

Quartel con otro”¹⁵. La historia de las identidades de barrio en Madrid está aún por escribir, pero creemos que la combinación de relatos literarios y documentación de archivo constituye un punto de partida sugerente para comenzar a abordarla.

Debemos precisar que el concepto de barrio presente en el discurso popular no se corresponde con la división administrativa impuesta por las autoridades. En 1768 Madrid quedó dividido en 64 barrios, pero esta reorganización respondía a criterios de carácter policial, dirigidos a intensificar la vigilancia sobre la población tras el Motín contra Esquilache (Pablo Gafas 1995). El concepto de barrio con el que se identifican los vecinos se asemeja más a la división en cuarteles, circunscripciones de mayor tamaño cuyo origen se remonta al establecimiento de la Corte en Madrid. De este modo, mientras la documentación oficial se refería a los *cuarteles* de Maravillas, el Barquillo y o el Avapiés, este término nunca aparece en boca de los vecinos, que emplean sistemáticamente el de *barrio*. Por otro lado, aunque algunos barrios se correspondieran *grosso modo* con la superficie de un cuartel homónimo, esto no siempre era así. El barrio del Rastro no encontraba reflejo en la división administrativa, mientras que los cuarteles en los que se integraba (San Francisco hasta 1802 y San Isidro a partir de entonces) nunca adquirieron categoría de barrio en el discurso popular. Valga este apunte para ilustrar el conflicto existente entre dos concepciones de la ciudad: la de quienes la vivían y la de aquellos que trataban de controlarla.

En cualquier caso, más allá de las identidades de barrio particulares, los miembros del pueblo bajo compartían una hostilidad común hacia los *sujetos decentes* procedentes de las clases medias y superiores. Para estos grupos acomodados, los barrios bajos representaban un espacio hostil, cerrado sobre sí mismo y ajeno al mundo exterior. Dionisio Chaulié -- a través de una hipérbole muy ilustrativa -- asegura que en estos barrios había quienes “no habían llegado nunca a la Puerta del Sol”. “Su barrio era su mundo; todo el que no vivía en él era su enemigo” (Chaulié 1884: 242).

Mesonero Romanos emplea términos similares en un famoso pasaje de *El Antiguo Madrid*:

El carácter altivo e independiente de estas clases en ambos sexos, su animosidad contra todo lo extranjero o sus recuerdos, su indómita arrogancia y su escasa instrucción [...] han hecho que hasta hace

¹⁵ AHN, Consejos, leg. 40.064

pocos años, esta parte del vecindario de nuestra villa, estos barrios del Lavapiés, del Salitre, Tres Peces, Inclusa, el Rastro y Embajadores, fuesen como una población aparte, aislada, hostil y terrible para el resto de ella (Mesonero 1861: 196).

Uno de los rasgos que distinguía a los integrantes del pueblo bajo era la forma de vestir, que les permitía reconocerse entre sí y diferenciarse de los grupos acomodados. Tanto los relatos y testimonios de la época como las fuentes primarias, reflejan las burlas y agresiones que sufrían los individuos bien ataviados que osaban adentrarse en los barrios periféricos. Para nuestros protagonistas, insultar a una *petimetra* vestida a la moda francesa o escupir a un caballero con levita, era una forma de reafirmar su identidad plebeya y reivindicar la superioridad de las costumbres populares frente a los nuevos hábitos extranjerizantes. Aunque los trabajadores fueran pobremente vestidos, recurriesen al mercado de segunda mano y remendasen hasta la saciedad sus escasas prendas; portaban con orgullo un atuendo que les diferenciaba de los grupos sociales superiores y les dotaba de cohesión interna. Para Chaulié, el elemento que “unía en un sentimiento común” a los habitantes de los barrios bajos era

su ojeriza a todo individuo, de cualquier sexo, edad o condición, que fuera, vestido con decencia. No había necesidad de presentarse con lujo, bastaba el más ligero indicio de no ser de la ropa de aquéllos, para arrostrar un verdadero peligro transitando por las calles de la Paloma, Barquillo, San Antón y otras muchas (Chaulié 1884: 242).

La cuestión de la vestimenta resulta crucial, porque su carácter de identificador social lo convirtió en un símbolo dotado de contenido político. Para abordar esta cuestión, debemos referirnos a la participación del pueblo bajo en los conflictos que jalonaron el primer tercio del siglo XIX.

POLÍTICA POPULAR Y CONTRARREVOLUCIÓN

Como adelantamos en el primer epígrafe, la actitud del pueblo bajo durante las pugnas entre liberales y absolutistas, estuvo caracterizada por su apego a las ideas contrarrevolucionarias.

Una vez que hemos descrito el abismo cultural existente entre nuestros protagonistas y las emergentes clases medias (los sujetos decentes), trataremos de sugerir una hipótesis que cuestione los relatos tradicionales, que nos presentan a un “populacho” ignorante y manipulable que saludó entusiasmado las cadenas absolutistas instigado por el influjo del clero.

Para ello debemos partir de un análisis del impacto que ejercieron las ideas liberales entre los grupos populares madrileños, retomando el hilo que interrumpimos al abordar la influencia de la Revolución francesa. En términos generales, si exceptuamos algunas figuras aisladas como Picornell o José Marchena, las ideas constitucionales no comenzaron a calar en España hasta después de 1808. En realidad, tenemos que esperar hasta el Trienio liberal (1820-1823) para asistir a la difusión del constitucionalismo entre capas amplias de la población. En el caso madrileño, todo indica que la nueva cultura política que proliferó en los cafés, tertulias y sociedades patrióticas durante los años del Trienio, tuvo un impacto limitado entre los grupos populares. Nos situamos sin duda ante una cuestión resbaladiza, debido a la dificultad para encontrar fuentes que nos acerquen a la opinión popular durante este periodo. Por un lado, tanto los trabajos de Gil Novales y Sisinio Pérez Garzón como la documentación custodiada en el Archivo de Villa de Madrid, reflejan la existencia de una vertiente popular del liberalismo exaltado, manifestada a través de las algaradas callejeras y las peticiones multitudinarias a las puertas del Ayuntamiento (Gil Novales 1975; Pérez Garzón 1978). Además, podemos encontrar artesanos tanto en las sociedades patrióticas como en la Milicia Nacional, los dos principales instrumentos de socialización empleados por los liberales. Sin embargo, en ambos casos la presencia de menestrales es limitada. La Milicia introdujo restricciones sociales para el alistamiento mediante la obligación de costearse el uniforme. En cuanto a las sociedades patrióticas, los artesanos aparecían como receptores pasivos del proyecto pedagógico y adoctrinador de los liberales. No en vano, el liberalismo buscaba incorporar a la Nación a un sector restringido de los trabajadores –los “artesanos honrados”– instruyéndolos para que adoptasen los patrones socioculturales de las emergentes clases medias (Fuentes 1988). Quienes no tenían modo conocido de vivir o se sustentaban con un jornal eran concebidos como sujetos dependientes, vagos o delincuentes en potencia; vulnerables a la manipulación clerical y los sobornos.

Los escasos datos con los que contamos parecen indicar que las ideas liberales arraigaron entre las capas superiores del artesanado: maestros y oficiales que habían resistido el proceso de proletarización, disponían de recursos culturales y disfrutaban de una relativa independencia económica. Para el grueso de la

población trabajadora madrileña –compuesta por jornaleros no cualificados y excluidos del estatus derivado del ejercicio continuado de un oficio – las ideas liberales aparecían como elementos ajenos a su experiencia cotidiana. Esta hipótesis podría ser compatible con el apoyo al liberalismo que mostraron ciertos gremios, pues como hemos planteado anteriormente representaban los intereses de un reducido sector de maestros enriquecidos (Nieto y Paris 2012).

Por otro lado, disponemos de indicios de que la política económica del Trienio generó rechazo entre ciertos sectores de las clases populares debido a su orientación liberalizadora. En relación a la subida del pan, un periódico apuntaba que “el pueblo inocente cree que la Constitución es la que causa todos estos males por la libertad de precios convencionales”, mientras en un orador sostenía en la Fontana de Oro que los “malévolos” seducían a la “muchedumbre incauta” para convencerla de que “las nuevas instituciones eran la causa inmediata de la carestía” (Gil Novales 1975: 66 y 115).

En cualquier caso, consideramos que cualquier conclusión precipitada sobre el impacto de liberalismo entre las clases populares madrileñas debe ponerse en cuarentena, hasta que contemos con trabajos equivalentes a los publicados para otras regiones (Arnabat 2001).

Estas brumas se disipan tras el regreso del absolutismo en mayo de 1823. La restauración pone a nuestra disposición un conjunto de fuentes propicias para el análisis del discurso político de las clases populares, entre las que destacan los informes redactados por los agentes secretos de la Superintendencia General de Policía¹⁶.

Sus partes nos trasladan la imagen de unos barrios bajos fervientemente contrarrevolucionarios, hostiles hacia unas autoridades a las que acusan de ser demasiado tibias con los constitucionales. El discurso del “populacho” sintoniza con los planteamientos realistas más exaltados, que exigen el exterminio de los negros (liberales) y acusan al gabinete moderado de afrancesado, pastelero y francmasón. En los espacios de sociabilidad popular los jornaleros se reúnen en corrillos para comentar las novedades políticas, clamando por el degüello de unos negros que asimilan con sus enemigos sociales: comerciantes, tahoneros, acaparadores, negociantes y “gentes de pluma”. Más que convertir a los liberales en un chivo expiatorio, asignan el calificativo de negro a cualquier sujeto

¹⁶ El grueso de la documentación de la Superintendencia se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, Sección Consejos, legajos 12.279 a 12.350, aunque existen otros legajos dispersos.

sospechoso de actuar en contra de los intereses del pueblo. De este modo, se apropian del discurso ultrarrealista utilizándolo como arma arrojada para legitimar el empleo de la violencia política.

Dado que hemos analizado esta cuestión en otros lugares (París 2009; 2012b) nos la gustaría aprovechar estas líneas para mostrar cómo el realismo popular encaja en idiosincrasia del pueblo bajo que hemos esbozado en los apartados anteriores. En este sentido, la geografía del antiliberalismo que arroja la documentación policial resulta sumamente ilustrativa. Los espacios donde proliferan los discursos ultras de carácter popular coinciden con los núcleos emblemáticos de los barrios bajos, como el Avapiés, el Rastro o la plazuela de la Cebada. Mientras tanto, en los espacios de sociabilidad de las “gentes ilustradas” (cafés, tertulias y teatros) se expresa el temor hacia un “vulgo ignorante” que acosa a los “sujetos decentes” bajo el pretexto de ser *negros*.

La imagen de las turbas fanatizadas se corresponde con las “heces de los barrios bajos”, compuestas por trabajadores pobres como los jornaleros, zapateros de viejo, traperos, poceros, matachines y “mujerzuelas”. El miedo a al terror contrarrevolucionario se mezcla con el desprecio a las masas proletarizadas, conformando la imagen de unas “clases peligrosas” tanto social como políticamente.

Por otro lado, los escritores liberales asimilan al “populacho” realista con los majos, manolos y chisperos procedentes de la tradición literaria. Considerados como héroes colectivos por su resistencia contra los franceses, a partir de 1823 volvieron sus navajas contra los liberales. Francisco de Sales Mayo construye en su novela *La chula* una epopeya de la manolería madrileña, que durante los diez últimos años del reinado de Fernando VII se hizo dueña de la ciudad y desató el terror contra los constitucionales.

La manolería vistió el uniforme realista, y durante diez años, a la voz del primer manolo de Madrid sentado sobre el trono [...] contribuyó a todas las iniquidades de persecución contra los negros (Sales Mayo 1870: 12).

Por último, esta persecución política estuvo estrechamente relacionada con la construcción de la identidad cultural de los barrios bajos. Al describir las agresiones sufridas por los *negros*, tanto las fuentes policiales como las literarias insisten en que la forma de vestir constituía un elemento diferenciador que legitimaba los ataques:

Llevar cachuca los hombres o gorro las mujeres, o lazos verdes o morados, o las prendas de vestir de ésta o la otra forma, eran suficientes indicios de liberalismo (Sales Mayo 1870: 12).

Los usías, lechuguinos y petimetras – representantes de las nuevas modas estéticas procedentes de Francia – figuraban entre los blancos favoritos de las turbas contrarrevolucionarias; y “parece que las personas decentes sólo han nacido para servir de escarnio a los chisperos y manolos” (Chaulié 1884: 243).

En definitiva, el pueblo bajo consideró como *negros* a los grupos sociales ajenos a su universo cultural, trazando una línea divisoria que legitimaba el ejercicio de la violencia contra sus enemigos tradicionales. Los insultos y humillaciones sufridos por las personas decentemente vestidas que se adentraban en los barrios bajos, quedaban ahora revestidos de un significado político. De este modo, las clases populares reafirmaban su superioridad cultural con respecto a unas clases medias afrancesadas, portadoras de nuevos modelos de sociabilidad y de un discurso progresista de carácter ilustrado.

La lenta consolidación del liberalismo en España estuvo marcada por la hegemonía creciente de un sector de propietarios, funcionarios y profesionales liberales que se reclamaban a sí mismos como “la parte sana de la Nación”. La resistencia frente a su ascenso social no sólo estuvo abanderada por la Iglesia y las elites contrarrevolucionarias, sino también por un pueblo bajo que veía peligrar su modo de vida ante los nuevos aires del siglo. Tras la experiencia del Trienio, la reacción popular alcanzó su apogeo a través de un discurso que clamaba por el exterminio físico de los *negros* y sus protectores. Bajo este paraguas legitimador se desarrollaba una política popular con rasgos propios, a través de acciones punitivas que señalaban y castigaban a los enemigos del pueblo. En junio de 1825, el “populacho” y los Voluntarios realistas desataron una “correría contra el comercio de la Capital” que se saldó con numerosos destrozos en tiendas, cafés y casas de trato. La premisa de los asaltantes era que los comerciantes eran *negros* y debían ser degollados (París 2012b). Unos meses después, se responsabilizaba a los *negros* de la subida del precio del pan, mientras se amenazaba con apelar a los tahoneros y apropiarse del trigo acumulado por los acaparadores¹⁷.

¹⁷ En la actualidad preparamos un artículo sobre este episodio titulado: “El pan y los negros. Escasez, carestía y política popular en el Madrid de 1825”.

Las autoridades son consideradas como cómplices de los liberales y el propio Fernando VII es acusado de proteger a los *negros*, discurso que legitima la acción directa popular ante la complicidad del gobierno.

Si bien los grupos populares madrileños no desarrollaron una conciencia de clase, durante la Década Ominosa (1823-1833) adquirieron un protagonismo indudable en las calles. Uno de los instrumentos para ello fue la creación de los Voluntarios realistas, fuerza de choque contrarrevolucionaria cuya composición jornalera equivalía, en opinión de sus detractores, a poner las armas en manos del populacho. Pero esta edad de oro de la manolería estaba condenada a llegar a su fin, arrastrada por los cambios profundos por los que atravesaba la sociedad madrileña.

EL OCASO DE LA MANOLERÍA

En 1861, desde las páginas de *El Antiguo Madrid*, Mesonero Romanos describe la derrota histórica del pueblo bajo madrileño. Este grupo había tomado parte en las alteraciones políticas del siglo, pero las circunstancias “le fueron adversas en general” y sus excesos resultaron castigados. En otras palabras, Mesonero considera que el pueblo bajo sufrió una serie de derrotas políticas y acabó por descubrir a su pesar “que hay en la sociedad otra fuerza mayor que la fuerza numérica” (Mesonero 1861: 196).

Un momento crucial de este declive tuvo lugar en 1833, cuando “sonó una hora fatídica”. “Murió el rey manolo – Fernando VII -- y los voluntarios realistas fueron desarmados” (Sales Mayo 1870: 12). La orden de desarme provocó un amotinamiento en los barrios bajos, donde “andaban agrupados diciendo que no se dejarían desarmar con otras bravatas y movimientos que tendían a turbar el orden”¹⁸. Éste fue, en palabras de Sales Mayo, el “último aliento de la manolería”, con el que “feneció, para nunca más renacer, el verdadero manolo de los barrios bajos de Madrid” (Sales Mayo 1870: 13).

La derrota política de la contrarrevolución popular fue un elemento necesario, aunque no suficiente, para acabar con nuestro sujeto histórico. Regresando a Mesonero, el siguiente paso consistió en convertir al díscolo populacho en un proletariado disciplinado, lo que fue posible gracias a “la instrucción”, “la vigilancia del gobierno” y el “amor al trabajo” (Mesonero 1861: 196).

¹⁸ AHN, Estado, 3031, Caja 1.

Las transformaciones urbanas habían permitido que “una parte de la población más acomodada” se introdujese en los barrios bajos, de modo que “ya no son perseguidas las señoras con gorro, ni los hombres con futraque o levosa”. Simultáneamente, las manolas “asisten a trabajar modesta y silenciosamente” y los manolos “han tomado el gusto a una ganancia legítima y segura” (Mesonero 1861: 196-197).

El relato de Mesonero expresa a la perfección cómo, antes de los grandes cambios urbanos que sucedieron al ensanche, las clases populares madrileñas habían sido derrotadas, disciplinadas y acostumbradas al trabajo continuado a cambio de un salario. Educación, asistencia pública, reclusión, represión y conscripción, constituían las patas que había moldeado al proletariado moderno.

Cuando los historiadores actuales desprecian el papel de la contrarrevolución popular, interpretándola como un producto de la ignorancia de las masas y la manipulación clerical, se sitúan en una posición análoga a la de Mesonero Romanos. Desde la perspectiva del liberalismo vencedor, el ultrarrealismo no era más que el reducto de un pasado condenado a desaparecer en aras del progreso histórico. La obstinada resistencia al cambio no hizo más que retrasar la incorporación definitiva de nuestro país a la corriente de la modernidad. Sin embargo, cuando seguimos los pasos de E.P. Thompson y tratamos de reconstruir “desde abajo” las experiencias de los grupos populares, alcanzamos conclusiones muy distintas.

CONCLUSIÓN

A diferencia de Inglaterra, entre 1780 y 1833 no asistimos en Madrid a la emergencia de una conciencia de clase. Sin embargo, observamos cómo los grupos populares articulan un conjunto de resistencias ante el ascenso de las relaciones de producción capitalistas, el liberalismo político y la hegemonía cultural de las clases medias. Esta reacción no se proyecta en forma de superación de un sistema social injusto, pues es absolutamente ajena a la lógica del progreso y las abstracciones racionalistas. Por el contrario, se formula como una defensa de los valores sociales tradicionales, los vínculos de identidad barrial o la normatividad que regulaba la vida cotidiana en las calles al margen de las injerencias del Estado y la policía.

Este proceso puede constatarse desde ángulos complementarios, que nos permiten reconstruir cómo fue percibido por los diferentes actores sociales. Las fuentes literarias nos acercan a la perspectiva de las elites, mientras las policiales nos permiten adentrarnos en los barrios bajos a través de los partes de sus espías.

Ambas lecturas deben complementarse con el análisis de las transformaciones productivas, el mercado de trabajo y el proceso de proletarización. Solo así captamos el paralelismo existente entre las tres vertientes (cultural, política y socioeconómica) que articulan la resistencia del pueblo bajo ante la revolución liberal y el ascenso del capitalismo.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNABAT, R. 2011. La revolució de 1820 i el Trienni Liberal a Catalunya. Vic: Eumo.
- AYMES, J.R. comp. 1989. España y la revolución francesa. Barcelona: Crítica
- BERNARDOS, J.U. 1997. “No sólo de pan. Ganadería, abastecimiento y consumo de carne en Madrid (1450-1805)”. Tesis doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
- CHAULIÉ, D. 1884. Cosas de Madrid. Apuntes sociales de la Villa y Corte. Madrid: Tipografía de Manuel G. Hernández.
- DE DIEGO, E et al. 1990. comps. Repercusiones de la Revolución Francesa en España. Madrid: Universidad Complutense.
- FLORES, A. 1877. Tipos y costumbres españolas. Sevilla: Francisco Álvarez y C^a. Editores.
- FRASER, R. 2006. La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia. Barcelona: Crítica.
- FUENTES, J. F. 1988. “Concepto de pueblo en el primer liberalismo español”. Trienio 12: 176-209
- GIL NOVALES, A. 1975. Las sociedades patrióticas. Madrid: Tecnos
- HADT, R. 2011. “Los Majos, el “españolísimo gremio” del teatro popular dieciochesco: sobre casticismo, inestabilidad y abyección”. Cuadernos de Historia Moderna X: 155-173
- HUERTA, J. 1995. “Comicidad y marginalidad en el sainete dieciochesco”. Scriptura 15: 51-75

- HUERTAS, E. 1998. "Los majos madrileños y sus barrios en el teatro popular". Pp. 117- 143 en *Al margen de la Ilustración, Cultura popular, arte y literatura en la España del siglo XIX*, editado por J. Huerta y E. Palacios. Ámsterdam: Ridopi.
- LLOPIS E. y H. GARCÍA. 2009. "Coste de la vida y salarios en Madrid, 1680-1800". Documento de Trabajo de la Asociación Española de Historia Económica, DT -0901
- LÓPEZ BARAHONA, V. 2009. *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid: Fundamentos.
- LÓPEZ BARAHONA, V. 2012. "Estrategias de supervivencia y redes informales de crédito entre las clases populares madrileñas del siglo XVIII" pp. 37-50 en *La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo*, editado por J. Hernando et al. Madrid: UAM.
- LÓPEZ BARAHONA, V. y J. NIETO. 2010. "La formación de un mercado de trabajo: las industrias del vestido en el Madrid de la edad moderna". *Sociología del Trabajo* 68: 147-169
- LÓPEZ BARAHONA, V. y J. NIETO. 2012. "Dressing the Poor: The Provision of Clothing Among the Lower Classes in Eighteenth-Century Madrid. *Textile History* 43 (I): 24-43
- LÓPEZ GARCÍA, J. M. 2006. *El motín contra Esquilache. Crisis y protesta popular en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid: Alianza
- LÓPEZ-CORDÓN, M^a. V. 2004. "Diversión, orden público y acción política: los cafés madrileños en 1791". Pp. 345-362 en *Estudios en homenaje al profesor Teófanos Egido*, vol. I, editado por M. García y M. A. Sobaler. Valladolid: Consejería de Cultura y Turismo.
- MARTÍNEZ RUIZ, E. 1986. "Apuntes sobre la policía de Madrid en el reinado de Carlos IV". *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* VII: 65-84
- MARTÍNEZ RUIZ, E. 1988. *La seguridad pública en el Madrid de la Ilustración*. Madrid: Ministerio del Interior.
- MARTÍNEZ RUIZ, E. 2006. "Policía, delincuencia política y corrupción en Madrid a finales del siglo XVIII". Madrid. *Revista de arte, geografía e historia* 8: 57-86

- MESONERO ROMANOS, R. 1861. *El Antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa*. Madrid: Imprenta de F. Mellado.
- NIETO, J. 2006. *Artesanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*. Madrid: Fundamentos.
- NIETO, J. y A. PARÍS. 2012. "Transformaciones laborales y tensión social en Madrid: 1750-1836". *Revista Encuentros Latinoamericanos (Montevideo)* VI (1): 210-274
- OZOUF, M. 1976. *La Fête révolutionnaire 1789-1799*. París: Gallimard
- PABLO GAFAS, J.L. 1995. "Las circunscripciones civiles en la Edad Moderna, siglos XVIII-XIX". Pp. 126-131 de *Madrid. Atlas histórico de la ciudad, Siglos IX-XIX*, editado por V. Pinto y S. Madrazo. Madrid: Lunwerg.
- PARÍS, A. 2009. "Ultrarrealismo y pueblo bajo en Madrid durante la Década Ominosa (1823-1833)". Trabajo de Fin de Máster inédito. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid
- PARÍS, A. 2012a. "Mecanismos de control social en la crisis del Antiguo Régimen: la Superintendencia General de Policía". Pp. 838-851 en *Actas de la XI Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Vol. 1*, editado por A. Jiménez y J. Lozano. Granada: Universidad de Granada
- PARÍS, A. 2012b. "El degüello general de negros. Realismo exaltado y política popular en Madrid durante el verano de 1825". Pp. 410-420 de *Homenatge al Doctor Pere Anguera, Vol. 1. Història local. Recorreguts pel liberalisme i el carlisme*, editado por R. Arnabat y A. Gavalda. Catarroja: Afers.
- PÉREZ GARZÓN, J. S. 1978. *Milicia Nacional y Revolución Burguesa. El prototipo madrileño*. Madrid: Instituto Jerónimo Zurita Ringrose, D. R. 1985. *Madrid y la economía española, 1560-1850*. Madrid: Alianza
- RISCO, A. 1991. "Espacio, sociabilidad y control social: la Superintendencia general de Policía para Madrid y su Rastro (1782-1808)". Pp. 97-127 en *Madrid en la época moderna. Espacio, sociedad y cultura*, editado por S. Madrazo y V. Pinto. Madrid: UAM.
- SALES MAYO, F. 1870. *La chula. Historia de muchos*. Madrid: Oficina tipográfica del Hospicio.

- SÁNCHEZ, F. 2002. "Protesta colectiva y cambios social en los umbrales del siglo XX: Madrid 1914-1923", Tesis Doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- TERMES, J. 2000. Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional. Barcelona: Crítica.
- THOMPSON, E.P. 1970. The Making of the English Working Class. Harmondsworth Inglaterra: Penguin.
- TRÍAS J. y A. ELORZA. 1975. Federalismo y Reforma Social en España (1840-1870). Madrid: Seminarios y Ediciones.
- VARA ARA, M. V. 1986. "Crisis de subsistencias en el Madrid de comienzos de siglo: 1800-1805". Pp. 245-266 de Madrid en la sociedad del siglo XIX, Vol. 2. Madrid: CIDUR

Recibido: 10 julio de 2013

Aceptado: 20 de septiembre de 2013

Álvaro París es Licenciado en Historia, Personal Investigador en Formación del Departamento de Historia Moderna de la UAM, Becario de FPU del Ministerio de Educación. Es autor de un trabajo inédito de investigación de fin de Master titulado Ultrarrealismo y pueblo bajo en Madrid durante la Década Ominosa (UAM, 2009). Además, ha publicado diversos artículos y capítulos de libros: "Mecanismos de control social en la crisis del Antiguo Régimen: la Superintendencia General de Policía", en Actas de la XI Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Universidad de Granada, 2012; "El degüello general de negros. Realismo exaltado y política popular en Madrid durante el verano de 1825", en Homenatge al Doctor Pere Anguera, Catarroja, Afers, 2012; "Bandolerismo, partidas y contrarrevolución: entre la delincuencia y la resistencia campesina", en La historia como arma de reflexión, UAM, 2012 y, en colaboración con José A. Nieto Sánchez, "Transformaciones laborales y tensión social en Madrid: 1750-1836", en Revista Encuentros Latinoamericanos (Montevideo), Junio 2012. En la actualidad trabaja en una tesis doctoral sobre sociabilidad, opinión y política popular en el Madrid de la segunda restauración absolutista (1823-1833), basada en el estudio de informes de la policía secreta.